

PERSPECTIVAS



DESCENTRALIZAR LA GESTIÓN CULTURAL PARA DESCOLONIZAR EL ARTE Y LA CULTURA

CAROLINA ROJAS FLORES

Directora de Vinculación con el Medio y Comunicaciones, Universidad de Aysén.
Profesora de Español, Universidad de Concepción y Magíster en Comunicación, Universidad Austral de Chile.



anterior, sumado a la belleza de un paisaje que no logra aminorar los problemas de conectividad de Aysén, configuran una región con características particulares.

Nuestra identidad cultural es diversa. Tenemos una historia fundada por el devenir del poblamiento de Aysén, la que varía de Norte a Sur y de Este a Oeste. Nuestra historia política nos ha marcado con el sino del abandono, el del aislamiento, la inequidad y el destiempo del progreso. La economía regional, por su parte, tiene un fuerte componente estatal. En efecto, la dependencia de los recursos públicos es alta, y los subsidios y subvenciones son una necesidad. Entonces, hacer gestión cultural en esta región tiene más de un componente y muchas variables que la determinan: por un lado, está el propósito fundado en un enfoque social y de derechos y, por otro, el que se funda en la necesidad de aportar al desarrollo económico de la industria creativa regional, lo que configura la tarea de la gestión cultural como una actividad profundamente política. Dentro de las variables determinantes hay que considerar, entre otros: altos costos de traslados de elencos, obras u otros, producto de las largas distancias; la escasez de infraestructura cultural y la limitación de las fichas técnicas de estas; ausencia de audiencias “formadas”; arraigado hábito de acceso gratuito; limitada existencia de elencos y escasa programación. Se suma otro factor insoslayable: el del uso del tiempo de las personas, el que debe observarse desde perspectivas socioeconómicas, de género y de edad.

Habito la región de Aysén hace más de 16 años. Es un gran territorio, de una belleza natural única e inserto en la no menos atractiva Patagonia. Nuestra región se caracteriza por un amplio territorio y escasa población: somos un lugar privilegiado. Sin embargo, las distancias no son un orgullo cuando se vive acá. La organización geopolítica distribuye el territorio en cuatro provincias y diez comunas. Coyhaique y Puerto Aysén son las ciudades que concentran la mayor población, y las otras comunas que conforman el territorio tienen una alta dependencia económica estatal. Somos buenos lectores, nos reconocemos como músicos, escritores y escritoras. Sin embargo, la actividad en el ámbito de la economía creativa se mueve poco. Nuestra infraestructura cultural es escasa y las distancias entre comunas impiden el acceso a los lugares donde las hay. La región cuenta solo con un centro cultural que cumple con los estándares técnicos y el costo de cualquier montaje es muchísimo mayor que en cualquier otro lugar de Chile. Lo

A modo de ejemplo, durante el 2015, y con el objetivo de acortar las brechas socioeconómicas de acceso al libro, el CNCA de la región de Aysén creó un programa piloto regional llamado “Leyendo se Vive Mejor”. Familias beneficiarias de programas públicos de viviendas, recibieron una pequeña biblioteca personalizada y talleres de mediación de lectura por dos meses. Los libros fueron recibidos con emoción y sentido agradecimiento. Sin embargo, la participación en los encuentros de mediación fue baja. No se hizo un estudio acabado que revelara las causas, pero se sabía que las razones estaban vinculadas al tiempo que podían destinar para ello. Las familias destinaban gran parte de sus jornadas al trabajo remunerado, tareas domésticas, cuidado de personas, etc. Durante los fines de semana se dedicaban a tareas domésticas. Era claro que el tiempo destinado al arte y la cultura no estaba dentro de sus prioridades, no por falta de interés, no por

desconocimiento de sus beneficios, sino más bien por falta de tiempo. El ocio devino en un espacio demonizado por no reportar valor tangible (hemos sido formados para un desarrollo productivo en el que el arte está fuera y cercano al ocio). Frente a este escenario, es posible decir que la pregunta en relación al acceso al arte y la cultura, en relación a la mediación y, sobre todo a la gestión cultural, tienen tintes profundamente políticos. Por un lado, está la urgente necesidad de dinamizar la economía creativa de nuestro país y, por otro, está el garantizar el acceso como un derecho y terminar con la segregación.

Leemos el mundo mediante todos los lenguajes aprendidos en la escuela. Sin embargo, el lenguaje de las artes se enseña con limitaciones, el valor de la cultura no se aprecia en plural y se reconoce solo el valor de la mirada occidental. Iuri Lotman (1996) afirma que los textos que conforman la cultura contienen memoria e información que solo es posible rescatar cuando el receptor (audiencia) puede hacerlo; la cultura se lee y se escribe con múltiples códigos, con múltiples lenguajes, de los que no todos disponen para su lectura, goce, beneficios e interpretación. Umberto Eco (2000), por su parte, señalaba que es el lector quien termina de construir el texto, pero ¿qué ocurre cuando esto es imposible por falta de “herramientas”? ¿Qué consecuencias sociales conllevan estas diferencias? ¿Cuánto de esta falta de “herramientas” ha sido naturalizada?

Boaventura de Sousa Santos (2013) habla de cambios paradigmáticos y epistémicos que consideren visibilizar, desnaturalizar, estudiar y modificar aquellos espacios culturales y sociales que han sido obliterados. Lo anterior no solo resulta ser un asunto académico, también es algo que los gestores culturales no pueden desconocer. Entender el contexto, las realidades sociales y territoriales es un requisito de cualquiera que pretenda hacer gestión cultural con un sentido descentralizador (político). No solo descentralizamos el territorio, lo hacemos también cuando acortamos las brechas de género en el acceso al arte y a la cultura; lo hacemos cuando facilitamos el acceso

desde la periferia al centro y cuando el centro se acerca a la periferia. Preguntarse dónde están ubicadas las infraestructuras culturales, quiénes van a ellas, cuántas de esas personas pueden dialogar con las obras y en qué horarios se divulgan estas obras son asuntos que se deben abordar.

A pesar de que se le ha relegado al tiempo del ocio y sacado del espacio del desarrollo humano, creo profundamente en el amplio poder del arte. Las escuelas han dejado al arte en un espacio muy reducido del currículo escolar y ha quedado al designio de la elegibilidad y no de la complementariedad. El arte es portador de saberes riquísimos y también una forma de resguardar la memoria de un pueblo (Lotman, 1996). Esto conlleva la urgente necesidad de que salga de la segregación y se popularice, pero lo anterior no tendrá ningún efecto si no se establecen los puentes entre el arte y sus espectadores. Como todos los lenguajes –y como todos los textos que conforman la cultura–, el arte debe dialogar con su espectador. Pero esto es imposible si este último no conoce su lenguaje. Por lo anterior, pensar en una gestión cultural descentralizadora es pensar en una gestión integral, que considere el contexto, el territorio, su historia. Es considerar la o las maneras de entregar las herramientas para leer el mundo desde todos sus lenguajes, para leer las artes y valorar las culturas, lo que también se traduce en una práctica descolonizadora en miras de la justicia, la democracia y el desarrollo humano. ■



BIBLIOGRAFÍA:

De Sousa Santos, B. (2013). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Santiago de Chile: Lom.

Eco, U. (2000). *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.

Lotman, I. (1996). *La Semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Cátedra.